

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

UNA SUPERCHERIA CHINA.

Si el universo conociese la deliciosa ciudad de San-tchou-jou, iría á establecerse en ella (1). El celeste imperio no tiene nada comparable á Tong-chou-jou: ni Canton, la ciudad comercial, ni Pekin, la ciudad santa; ni Zhe-hol, la ciudad tártara, ni Lin-sin-chou, la ciudad religiosa, que tiene una pagoda con nueve pisos, y que bañan las dos orillas del Yu-leang-ho. Los chinos han compuesto el proverbio: «El paraíso está en los cielos, pero Han-tchou-fo se halla en la tierra.» Con esto se dice todo. Un proverbio es por todas partes una verdad humana; en China es una palabra de Dios. Cuando lleguéis á Tong-tchou-jou sea por el Wang-ho, ó río Amarillo, sea por el Por-ho ó por el grande canal imperial, no puede ofreceros la tierra nada mas maravilloso que esta ciudad: pero ¡ay! nadie ha llegado nunca á San-tchou-fo, escepto lord Macartney, el misionero Leconte y lord Amhurst.

Este paraíso chino, está situado en el grado treinta de latitud; así es, que los mandarines retirados, los kolao ó ministros destituidos ó que han hecho dimision, y los comerciantes que llegan á enriquecerse, dejan á Pekin y Zhe-hol, por la templada y voluptuosa residencia de San-tchou-jou. La campiña se asemeja á una inmensa tapicería china cuyas orillas son los dos horizontes. Vistas de lejos, las montañas parecen bordadas con la aguja por las obreras mas hábiles del palacio imperial de Ynem-min: están cubiertas de césped y verdor, y en su anfiteatro se elevan pagodas, conventos de lamas y casas de recreo, cuyos tejados y cúpulas tienen penachos de algodones encarnados, palmeras y aloés. En la llanura y arrozales, puentes de granito han previsto los caprichos de los torrentes y del gran canal: en los machones de sus arcos hay leones sentados. Aquellos animales fantásticamente esculpidos, amenizan el paisaje: dejan percibir una sonrisa humana en sus burlonas caras, y se creería que su melena, elegantemente rizada, habia sufrido la tenacilla del peluquero. De este modo insultan los chinos á la magestad de los leones. A la orilla de los arrabales se ven casas preciosas, de las que únicamente tenemos idea en Europa por las que vemos pintadas en las mamparas: son un conjunto de pabellones lijeros como jaulas de pájaros, unidos entre sí por galerías con enrejados de oro, ó acueductos de bambú: las puertas están colocadas sobre puentes aéreos, contruidos á través de lagos en miniatura, cuyas tranquilas aguas se cubren de una sábana de lien-ichas, la flor santa querida de los indigentes. Una multitud de arbolitos, que por su naturaleza deberian crecer, pero que el arte de los jardineros chinos condena al estado de vegetales enanos, crecen y se mezclan caprichosamente en las orillas de aquellos estanques, y al medio día se resguardan con delicia bajo el quitasol de sus dueños. En estos tranquilos jardines el jaro pescador, que roza con sus alas la superficie de los estanques, y descubre su presa aun debajo de los flotantes tapices de nenúfar.

Concluido ya este frívolo preámbulo, llegamos á la triste realidad, historia verdadera, que tambien es una lección.

El 22 de setiembre de 182... una multitud inmensa habia acudido al templo de Tshun-ta kóuann-min, (la luz verdaderamente grande y resplandeciente). Todas las péndolas del célebre Cox daban las doce de la mañana, durante una hora, á lo largo de la calle Wahm-ho: los bailarines en la maroma, los jugadores de manos, los saltimbanquis, los comerciantes de gatos, y los músicos furibundos mezclaban sus penetrantes gritos que terminaban en i, á las estravagantes tocatas de los relojes: rompianse muchas varitas sobre el to nacional, arañaban con unos garfios de acero planchas de cobre, sacudían unas bolas de bronce llenas de pedazos de vidrio, y disparaban cohetes y otros fuegos artificiales cuando mas alumbraba el sol: en fin la ciudad Tsan-chou-fou, estaba mas animada y enloquecida que de costumbre: asistia á un grande acontecimiento: lord Witmore desembarcaba frente al palacio de Kolao-Tsin. Desde lord Macartney y lord Amhurst, el río Amarillo no habia conducido un solo europeo á la gran ciudad, paraíso de los chinos.

Lord Witmore era de edad de cincuenta y dos años: tenia en *Foreign Office* grande reputacion de experiencia y habilidad diplomática; lord Bathurst decia de él: «Si no fuese quien soy, quisiera ser lord Witmore.» y es bien sabido, que lord Bathurst tenia excelente cabeza para intrigas. ¿Qué mision llevaba lord Witmore?...

(1) Los viajeros, segun su costumbre, dan una porcion de nombres á esta ciudad china. Como en semejante confusion no es posible acertar con la verdadera denominacion, la daré todas, bien persuadido de que jamás escribiré el nombre que la dan los chinos.

una doble como todas las de los diplomáticos: en la apariencia, iba á cumplimentar al feliz sucesor de Tsien-long; pero en realidad iba á sondear el inmenso lago en donde se pudren trescientos millones de chinos: iba á hacer un agujero en aquel parásito planeta, unido á este globo, y tantear sus zonas vulnerables para las eventualidades de alguna guerra futura.

El nuevo emperador habia sabido de la misma boca de Tsien-long, que el celeste imperio no habia tenido que felicitarle mucho de la visita de Macartney y de Amhurst: así, pues, la llegada de lord Witmore, no dejó de alarmarle; pero demasiado astuto ó demasiado chino para oponerse violentamente á las esploraciones de un agente inglés, organizó en consejo secreto de kolao, una trama tenebrosa de resultado infalible, como todos los planes fraguados en el palacio de Zhe-hol.

Hay países en el mundo en que se deshacen de un espia oficial por medios repugnantes: citanse embajadores que cayeron en emboscadas, y cuya muerte se achacó á unos bandoleros; otros en cacerías reales, recibieron un tiro mortal dirigido á un ciervo ó á un jabali; otros, en fin, no pudieron resistir la intemperancia de un festin, del que habia dirigido las cocinas un alquimista. Los chinos no conocen esos métodos ademas, las leyes de Li-ki y de Meun, les prescriben que respeten la vida de los hombres, y que no viertan ni hagan verter sangre humana: los chinos son esclavos de sus códigos religiosos.

Lord Witmore estaba completamente tranquilo por ese lado; no le era desconocido Li-ki, y sabia de me-

le dijo cuatro versos del poeta Kan-bi. Puede traducirse así esa cuarteta, conservándola su concision original.

Primera
Sueño
Luz
Sol.

traduccion que debe interpretarse de esta manera: *he aquí vuestra primera noche: dormid bien, hasta mañana.* Paráfrasis ignominiosa é indigna del génio ó indole de la lengua china, siempre sóbria en sus palabras. Los chinos prefieren ser oscuros á ser habladores.

Lord Witmore se acostó despues de beberse un vaso de cocimiento de nenúfar, con la consoladora idea de que iba á dormir diez horas en tierra firme. Un suave sueño cerraba ya sus párpados, cuando se oyó á la puerta del hospitalario palacio el sonido de una serenata. En China, cuando dan una serenata á un gran señor, el que la recibe debe asomarse al balcon, y aplaudir de cuarto en cuarto de hora, elevando los dos dedos índices hasta la altura de las orejas, y moviendo con flojedad la cabeza de derecha á izquierda. Lord Witmore era esclavo de la etiqueta estrangera, como debe serlo todo buen diplomático. Se levantó, pues, se vistió, se puso los guantes, y se asomó al balcon de su habitación. La orquesta china inundaba la calle como un río de armonia. Jamás en los *meetings* de *Jordan-street* en Liverpool, los músicos de la templanza habian improvisado una tocata semejante, en el delirio de la orgia de un



Lord Witmore y el kolao Tsin.

moria á Meun: tambien habia leído detenidamente á Confucio en su original. Jamás le asaltaba la menor aprension cuando comia un plato de lien-ichas, ó una entrada de botones ó yemas de fresno, ó cuando se bebía un vaso de flor de té llamada chaouan. Así es que cuando lord Witmore llegó al centro de la China, le pareció que estaba en medio de Londres: el palacio del kolao Tsin, le ofrecia tantas garantias de seguridad, como su despacho del melancólico jardin de White-Hall.

Aquella era la primera noche en que descansaba lord Witmore. Desde la embocadura del Whung-ho, ó río Amarillo, no habia gustado la dulzura de un blando lecho: no se habia detenido en la provincia de Shang-tung, ni en las orillas del lago Eming, que circuyen las montañas Azules, ni en la hermosa ciudad de Nan-pin-Shien, tan pintorescamente situada en la orilla izquierda del canal imperial. El kolao que le daba en su palacio de Tong-chou-fou, la mas dulce de las hospitalidades,

festin. El conservatorio de Tong-chou-fou, habia reunido en las pigodas todos sus instrumentos de devastacion auricular; el *sanun-jiun*, de octava baja, el *yut-kounn* con dos cuerdas y el arco de cerda; el *r'jeun* siempre enronquecido; el *tsou-kou*, que se agita ó golpea con una varita de madera; el *bin* y el *sitar*, que la China ha tomado prestados de los indios. Aquella explosion infernal, aquel volcan de notas agudas, iba acompañado de un coro de maullidos; y aquel diluvio de limas de acero invisibles, atravesaba la almilla de flanela inglesa de lord Witmore, y desgarraba su epidermis de embajador con festiva crueldad.

Lord Bathurst le habia hecho espresamente esta recomendacion: «Mi querido Witmore, en China no os asombréis de nada; tomad la divisa de vuestro pariente Bolingroke, *nihil admirari*; aceptadlo todo como una cosa natural; oído todo y no os quejéis de nada.»

Lord Witmore, soldado obediente del grande ejér-

cito diplomático, había resuelto cumplir hasta el último extremo la consigna que le dieran.

Escuchó la serenata hasta la última nota, y cuando ya iba á retirarse, plantaron delante de su balcon cincuenta árboles de pólvora, que acababan de traer de los obradores de *Pehe-il*, el primer artífice tártaro de Zhe-hol.

—Bien miradas las cosas, decía para sí Witmore, me reciben como embajador, me tratan según mi dignidad, ¿por qué me he de quejar de los honores que me hacen? Pero es cierto que apreciaría mucho mas estas lisonjeras demostraciones si hubiese dormido algun rato.

Los fuegos artificiales duraron dos horas, y concluyeron con una magnífica pieza que representaba el eclipse de la luna atacada por un dragón azul. Mil voladores honraron la victoria de la luna sobre su eterno enemigo.

Después de la serenata y de los fuegos artificiales, reinó en la calle el silencio, es decir, un tumulto mas razonable: lord Witmore cerró sus ventanas, apagó los cohetes que habían introducido en la habitación como un insignie honor, y se volvió á acostar para curar con el sueño las heridas de su epidermis y calmar la agitación de su sangre.

El relojero Cox, ha sido involuntariamente uno de los azotes de la China: no hay palacio sin una péndola suya. Un chino daría todas sus mugeres por aquel tesoro. La péndola del kolao, era célebre en *Tong-chou-fou*: una casualidad, llena de malicia china, había hecho que la péndola de Cox estuviese colocada en la habitación de lord Witmore: comenzó, pues, á tocar á media noche. Cox, no solo es un mecánico incomparable, sino un poeta, un filósofo, un pensador. Ha dado una fisonomía á todas las horas, y se hubiera guardado muy bien de hacer producir á su máquina los mismos sonidos á media noche que á medio día. No hay nada mas alegre que su sinfonia del medio día: entonces envía al sol en su zenith una melodiosa multitud de notas de oro; pero en la media noche ya es otra cosa.

Lord Witmore lo supo á espensas de su sueño. Primero, el reloj de música dió doce golpes lúgubres y lentos acompañados de los suspiros de las noches de Young, y de unos resuellos como de una persona agonizante: á cada campanada, la péndola parecía exhalar el alma como un ser humano, y la otra tardaba tanto en dar, que se hubiera creído que acababa de romperse el mecanismo en uno de los últimos esfuerzos de sus pulmones de cobre, y que no sonaría la duodécima campanada.

Ya era la una de la madrugada cuando la péndola acabó de anunciar la media noche: lord Witmore había estado inclinado doce veces á levantarse y romper la péndola de Cox; pero la consigna de lord Bathurst detuvo su puño inglés ya levantado sobre el cuadrante. El eco repitió algun tiempo en la alcoba la última campanada con un sonido tremendo, triste y metálico, y concluido dijo lord Witmore, por fin voy á dormir: esto es hecho.

En las péndolas de Cox, las doce campanadas de la media noche no son mas que accesorias: en caso de necesidad pueden mirarse como el prefacio ó la obertura en doce tiempos del grande drama lírico, organizado en resortes maravillosos. Cox no mira las horas como un relojero ordinario: eso lo sabe muy bien todo Londres. Lord Witmore debía saberlo en el palacio del kolao Tsin. Notas estridentes, llenas de gemidos y de lágrimas, volvieron á repetirse en las paredes, porcelanas y esmaltes de aquella cámara sonora. La péndola entonces el himno de Lutero de Handel: *¿Great god what do I see and hear?* Lutero en sus himnos, y Handel en su música no pecan de brevedad: Cox se guardó muy bien de quitarles en sus péndolas ni una sílaba ni una nota. Lord Witmore dió involuntariamente un salto al escuchar el grito desgarrador que lanzó el pecho de acero de Cox, después de aquel primer verso: *¡Gran Dios! ¿qué es lo que veo y lo que oigo?*... Este terrible verso fué repetido seis veces por la péndola, y en cada repetición resonaba mas lamentable. Es un excelente trabajo de orquesta que el mismo Witmore hubiera admirado á medio día; pero en aquella hora, el noble viajero apretó los dientes, y pronunció una detrás de otra todas las letras del mas terrible de los juramentos ingleses. Sentado sobre la cama, alargó sus puños hacia la péndola, y aquella vez iba á quedar destruida la obra de Cox; pero el temor de disgustar á lord Bathurst, y violar el derecho de gentes, contuvo á Witmore, y le hizo volver á meter las manos debajo de las sábanas, como una espada en su vaina. La péndola continuaba como si no se hubiese visto amenazada de una dislocación violenta: modulaba en todos los tonos la eterna plegaria de Handel: *sine fine dicentes*, como el himno del *Hosanna*: parecía complacerse melancólicamente en sus fúnebres *andantes*: después salía del letargo de una melopea ó declamación destilada gota á gota, y estallaba en formidables sonidos de trompetas de cobre, como si el valle de Josafat repitiese su aterrador estruendo en la habitación del ministro chino. Ya eran las tres de la mañana cuando cesó de sonar: entonces la péndola fué dulcificando su órgano, y celebró la próxima llegada de la aurora: cantó una pastorela encantadora, imitó las competencias de flauta de los pastores, los conciertos aéreos de las aves, el canto de los gallos y de los labradores, el murmullo de los arroyuelos, el ruido de las hojas de los árboles, el balido de las ovejas, y todas las armonías celestes y humanas que preceden y acompañan á la salida del sol.

Aquella música prolongada se halla en perfecta armonía con las costumbres de los chinos, pueblo laborio-

so, que se levanta al rayar el alba para seguir el ejemplo de su emperador, cuyas audiencias comienzan siempre antes de los primeros resplandores del crepúsculo matutino. Es bien sabido que los kolaos ó ministros de Estado, los altos mandarines agregados á la corte, y los embajadores que solicitan una audiencia, están obligados á pasar la noche en los jardines imperiales, y aguardar allí á que se levante el soberano. El mismo lord Macartney tuvo que someterse á aquella ley y estuvo paseándose toda la noche por los puentes chinos de Zhe-hol con Mr. Stauton, discutiendo la cuestión, de si en presencia del emperador doblaría la rodilla izquierda ó derecha para salvar la dignidad de la Inglaterra. A imitación del emperador, los kolaos reciben á la misma hora y en sus jardines: este uso es la glorificación mas noble de la agricultura en un pueblo cuyo jefe es un labrador coronado. Cuando sale la aurora trescientos millones de hombres y mugeres, incluso el emperador, manejan el arado. Es, pues, preciso que los negocios públicos se terminen antes del alba. El arado aguarda á la puerta de los palacios, como en la de las granjas. Por eso cuando la péndola terminó la armoniosa bucólica de las tres de la mañana, lord Witmore oyó redoblar por debajo de sus balcones el lo nacional. Iba á comenzar la audiencia del kolao Tsin, y lord Witmore tenía deber de asistir á ella, por lo menos al día siguiente de su llegada á *Tong-chou-fou*.

Lord Witmore se vistió el traje de etiqueta al frente de la péndola que guardaba un silencio irónico, y con paso de somnábulo bajó al jardín de recibimiento. Las estrellas brillaban todavía sobre las colinas artificiales: á su soporífera claridad podían distinguirse las sombras errantes de los pretendientes á orillas de un lago en miniatura, entre un confuso monton de árboles enanos y estatuas grotescas de la azotea del kolao. Lord Witmore tuvo el honor de ser recibido el primero: el kolao Tsin le hizo seña de que se sentase á su lado, y como ni uno ni otro tenían nada que decirse, un lector de palacio, mandarin de alta literatura, abrió las obras del ilustre King-ting-tsi-tching, y declamó con lenta y cadenciosa voz el libro XIX del admirable poema del labrador.

«No es en casa del labrador donde se oyen los suspiros y el llanto. En su mesa no se ven los perfumados vinos de las riberas del Kiang, pero no teme el veneno en el que bebe. El humillo de la caza de Tartaria, equivale al regocijo de comer rodeado de sus hijos. Todos sus días se asemejan unos á otros, y la vispera no toma jamás nada del día siguiente, etc., etc.»

Lord Witmore trataba de dormir con los ojos abiertos, pero no podía conseguirlo: á cada verso del poema, el kolao prorumpía en un grito de admiración tan ágil y penetrante, que Witmore se despertaba aun antes de dormirse. Después de dos horas de lectura le fué permitido retirarse: los demás peticionarios fueron despedidos hasta el día siguiente, á fin, dijo el kolao, de que ninguno tenga hoy el horror de ocupar el sitio del noble representante de la Inglaterra. Este favor insigne é inaudito, fué celebrado al instante por un coro de mandarines que rodearon á Witmore y le cantaron, con acompañamiento de lo, el himno nacional de sus antepasados, cuyo estribillo se repite tres veces:

*Cuando pienso en vosotros sabios antepasados,
Me siento elevado hasta los cielos.
See hoang sien son
You ing yu tien.*

Lord Witmore se había dormido al tercer estribillo pero por política tenía abierto un ojo. Cuando concluyeron el himno nacional, un mandarin de la servidumbre ministerial, le hizo abrir el ojo que tenía cerrado anunciándole que el kolao le aguardaba para desayunarse. Aquel sueño á medias, alivió un poco á Witmore y le permitió acordarse de que tenía hambre. Un estómago inglés no soporta fácilmente un ayuno de veinte y cuatro horas. El comedor del kolao encantaba la vista de un convidado. Reinaba allí un olor escitante de canela, que abría el apetito como un vaso de agenos. Las colgaduras estaban llenas de pájaros bordados, pero imitados tan perfectamente que daban ganas de comerlos. La mesa, cubierta de platos, tenía una fisonomía de limpieza inglesa que quitaba toda repugnancia. Lord Witmore se sentó enfrente del kolao, amenazando á los manjares con su hambrienta mirada.

El kolao, fervoroso sectario de Fó, desterraba de su mesa la carne de los animales, especialmente la de vaca: porque el buey es sagrado en China como lo fué en Egipto, y como lo ha sido en todos los países en que la agricultura es una religion, y el arado una cosa santa. Todo eso es admirable en teoría religiosa, pero en la mesa el apetito inglés debe sentirlo. Comenzó la comida con una entrada de coles chinas llamadas *pe-tsai*, de hojas blancas, delgadas y tiernas, y una crema de *wison-tou*, otra col de hojas rizadas de que Loris hace mención en su obra de drogas y medicamentos. Witmore recibió con frialdad aquel preliminar gastronómico, y su paladar carnívoro confiaba con visible pesadumbre aquellas dos legumbres á su estómago insurreccionado. En seguida aparecieron dos especies de setas, á medio cocer, el *mo-kou-zin* y el *lin-tchee*, cantados ambos por el emperador Kang-ki, honor que no ha sido concedido á los demás cryptogamos chinos. Witmore, que desconfiaba de todas las setas, fuesen ó no celebradas por los emperadores de Roma y de Pekin, rehusó los dos platos perfidos con mucha política y destreza, pero se arrepiñó bien pronto de su desconfianza diplomática, al ver al kolao dejar limpios los pla-

tos sospechosos con las puntas de sus agujas de oro. Dos criados trajeron en seguida con grande pompa un inmenso tazon de porcelana que escitó la alegría de los dos hijos del kolao: contenía una entrada de azufaitas, llamadas *king-kouan-tsee*; las sirven sazonadas con pimienta para corregir un poco su insipidez. Los dientes de Witmore se estremecían hasta las raíces al ver aquella glacial comida, que no podía rehabilitar toda la porcelana del imperio. Para colmo de desgracia, sea por casualidad, ó por crueldad china, alzaron las persianas del comedor, y lo primero que el convidado inglés vió en la pradera inmediata, fué un rebaño de bueyes magníficos y aun suculentos: el Devonshire no los envía mejores á los mercados de Londres. Aquellos cuadrúpedos, lustrosos de puro gordos, se pavoneaban por medio de la pradera, llenos de confianza en la inviolabilidad de su sacerdocio. Lord Witmore, espirando de hambre en la mesa de un ministro chino, contemplaba aquellas ambulantes colinas de exquisita carne, aquellas colecciones móviles de *rump-steaks* tan sabrosas con jamon: el Tántalo diplomático seguía con la vista los movimientos de aquellos bueyes provocadores, los despedazaba con la imaginación, los ponía á asar en trozos y se los servían odoríferos y pringosos entre dos platos de patatas: luego se apoderaba de él una cólera muda cuando los cuadrúpedos miraban oblicuamente á su impotente enemigo y pacían la yerba, burlándose del hacha y del cuchillo. Cuando estaba ocupado con aquellos pensamientos, Witmore recibió de manos del mismo kolao, una taza de té negro á manera de postre. La cara del ministro chino espresaba el contento del anfitrión que tiene la conciencia de su deber y que se felicita de haber tratado á su huésped con irreprochable esmero. Una duda injuriosa, relámpago de la reflexión, cruzó por la mente del lord diplomático, pero no pudo fijarse en ella, lord Witmore creyó por un momento que era juguete de su patron. Dos razones le hicieron desear aquella idea hostil: el sentimiento de británica altivez, que no le permitía creer dos instantes que un chino estúpido pudiese mortificar á un diplomático del *Foreign-Office*; y que ademas la fisonomía del kolao tenía un aire de candidez, que no admitía ningun género de complot. Por otra parte, lord Witmore se acordaba de aquella frase de Addison. «Desconfiad de los hombres que tienen la nariz punteaguda y la boca sin labios: *Trust no man with pointed nose et mouth without lips*» Ese adagio del grande observador inglés, que estudió el corazón humano en el puente de Rochester, acabó de tranquilizar á lord Witmore. El kolao Tsin no pertenecía, pues, á la categoría prevista por Addison: su nariz suavemente redondeada, descendía sobre dos labios purpúreos, anchos y móviles. Vayan vds. á desconfiar de un hombre semejante después de haber leído á Addison....

—¡Ah! si lord Bathurst, decía para sí lord Witmore, estuviese presente le suplicaría que modificase sus instrucciones: voy á perecer en el desempeño de mi comisión.

El kolao dijo á Witmore:

—Milord, comed siempre aqui.

Y la radiante satisfacción de una bondad enteramente paternal brilló en su apacible y fresco semblante. Witmore estaba, pues, convidado perpetuamente á las comidas domésticas del kolao; una negativa podía comprometerle ó irritar á su patron y á lord Bathurst: no tuvo ánimo para rechazar y aceptó.

(Se concluirá.)

LO QUE SE SIENTE Y LO QUE SE DICE.

¿Quién dice lo que siente?... ¿quién siente lo que dice?

Nadie, generalmente; todos en casos escepcionales. ¿Conviene y puede decirse siempre lo que se siente? No.

¿Lo que equivale á suponer que generalmente todos decimos lo contrario de lo que sentimos, y somos unos solemnes embusteros?... Así parece.

Aquí veo al lector lanzar una mirada oblicua sobre el papel, buscando la firma del que tal calumnia le hace, y al verla, mover la cabeza en señal de desaprobación.

No hay que asustarse: dejad que me explique, y quizá aunque en voz alta me condeneis, convengais interiormente en que me sobra razon.

Repito que todos pecamos por ese lado, unas veces por política, como los editores y empresarios de teatros; otras por necesidad, como los médicos, abogados y comerciantes; otras por vanidad, como los literatos y las coquetas; otras por conveniencia, como los diputados, presuntos herederos y pretendientes; otras por miedo, como los niños y soldados; otras por debilidad de carácter, como los pobres de espíritu y las personas amables; otras por costumbre, como los periódicos ministeriales, los viejos y los criados; otras de puro gusto como el bello sexo....

Aquí veo á mis bellas lectoras, (si es que bellas lectoras leen estos renglones,) fruncir las cejas, empujar con desden el labio inferior hacia adelante y volver rápidamente la hoja para cerciorarse si el artículo es muy largo.

Sed indulgentes, ¡oh candidas hijas de Eva! Contra mi costumbre seré breve. Tened un poco de paciencia, leedme hasta el fin, y acaso logre persuadiros que no voy tan desacertado.

Empecemos por la política, ó llámese buena educación, para que no la confundamos con la política militante, política impolítica, que por ser á menudo sinónimo de burla, decepcion y mentira, se recomienda lo bastante para que no mendiguemos su vulgar apoyo.

¿Green vds. que el escritor ó el particular, que recibe una visita en momentos preciosos para él, cuando le tiende la mano el importuno, le ofrece una silla, y le repite que no le molesta, que su presencia le es siempre grata, etc., dice lo que siente?...

¡Ay! cuántas veces si el cielo escuchase sus votos se renovaría la catástrofe de Herculano y Pompeya! lo que traducido literalmente significa que se abriría la tierra y se tragaría al maldito importuno.

Del mismo modo:

El honrado ciudadano (vulgo casado,) que se informa de la salud de su suegra, á quien detesta y cuya herencia aguarda, y levanta los ojos al cielo con inequívocas señales de gozo, como dándole las gracias al saber que se halla fuera de peligro.

El infeliz, á quien le revientan un callo con el tacón de una bota, y al decirle su verdugo:—Perdone usted, contesta encogiéndose como un erizo y poniendo en blanco los ojos:—*No hay de qué!*

El que va á un negocio muy urgente, y se ve detenido cuarenta veces en media hora desde la Red de San Luis hasta la Puerta del Sol por cuarenta vagos que le piden fuego.

El que marcha cabizbajo, escogitando los medios de proporcionarse recursos, y se encuentra de repente con un amigo que le embiste desesperado, como un buitre que no ha comido en tres días, obligándole á que le entregue su último napoleon con la consabida frase sacramental: *siento no tener mas.*

El marido á quien estrechan relaciones de parentesco y una regular dosis de respeto al uniforme, le comprometen á hospedar en su casa á un jóven militar, primo de su muger, y tan afecto á ella (á fuer de buen pariente), que no la deja ni á sol ni á sombra. El pobre Vulcano, que al despedir á Marte le dice:—Esta casa es de vd., y me proporcionará un gran placer siempre que la honre con su presencia.

La adusta y avara solterona, á quien el niño de una sus amigas, estando de visita, le rompe un magnifico vaso de porcelana, y que ahogándose de rabia apenas acierta á decir:—Cosas de criaturas.... no es nada....

Todos estos y otros muchos que suprimimos en obsequio de la brevedad, ¿creen vds. que dicen lo que sienten?

¡Cosa graciosa seria por cierto si lo dijese!

El ciudadano honrado echaria mil maldiciones al médico cuya ciencia fatal, al volver la vida á su cara suegra, le ocasiona á él la muerte.

El paria pisoteado, enviaria á los infiernos al estirador de los callos por un nuevo método gratuito, eso si, pero sin diploma ni autorizacion del gobierno.

El que se ve detenido cada cuatro pasos á pretexto de la lumbre, á la tercera ó quinta estacion, contestaria á gritos que los fósforos están á cuarto la caja, y que es una grosería y una indecencia tener parada á una persona decente, tres minutos en medio de la calle, por tan insignificante cantidad.

El que deshecho y derrotado se ve bruscamente acometido *tout á coup* (por detrás) y al volver la cara sufre una embestida pecuniaria tan arrolladora é irresistible que amenaza ser el Waterloo de su último Napoleon, antes de abandonar á éste á su fatal estrella, le detendria prisionero en la Santa Elena de su bolsillo, temiendo comprometer con su libertad el reposo de la Europa (personificada en su estómago); pero como la caridad cristiana manda auxiliar al prójimo en casos desesperados, propondria á su afligido amigo un ataque ó despojo en comandita al primero que encontrasen.

El predestinado victima del primito de su muger, le ayudaria á subir al carruaje aplicándole un puntapié en la parte posterior del vientre, diciéndole por despedida: para que no vuelvas mas por aqui, me alegraré que vuelque la diligencia por el camino y te vayas á dar un paseito al otro mundo.

Finalmente, la buena señora dueña del vaso roto, cogeria muy suave y paternalmente al travieso niño, y diciéndole á su madre: le tiene vd. muy mal educado, y voy á darle una leccioncita, le pondria boca abajo, le desataria los calzones, le levantaria la camisa, y empezaria á acariciarle y á hacerle cosquillas con tanta dulzura y lijereza, que el angelito chillaria patealaria y lloraria de gozo hasta quedarse morado, sin voz ni movimiento.

Las exigencias de la sociedad, el horror instintivo que tenemos á llamar las cosas por su verdadero nombre, nuestra propia utilidad y el temor de parecer necios, ridiculos ó perversos, explica esa eterna contradiccion en que estamos con nosotros mismos, ese antagonismo entre lo que pronuncian los labios y lo que siente el corazón ó piensa la cabeza.

Y ¡ay del que diga las cosas tales como las sienta y pretenda emanciparse de la ley comun! ¡Mas le valiera irse á vivir al fondo de los bosques con los tigres y panteras!

Si el orador que sube á la tribuna, y entusiasmo y electriza á la muchedumbre con sus discursos de orden, legalidad, economías (y otras yerbas) dijese solo aspiraba á ser ministro, y que colocado en el puesto de los que trata de derribar manejaría el tinglado tan bien ó peor que ellos ¿no le silbarian y llenarian de insultos?

Si la jóven que dá su mano á un hombre á quien no ama, le indicara que al casarse con él solo habia teni-

do en vista proporcionarse un buen marido que la sacase de la dependencia paterna y la permitiera satisfacer su amor al lujo y á los placeres; el futuro esposo ¿no la despreciaria, no la cobraría quizá tanta aversion como cariño la tuvo antes?

Si un periodista proclamase el principio de que todos los medios eran licitos para asegurar el triunfo de su partido, incluso el asesinato, ¿no fingirian escandalizarse hasta los mismos que pensasen y desearan lo mismo que él?

Si hubiese algun miserable bastante audaz para decir públicamente que no podia soportar la superioridad de nadie, y que solo por eso aborrecia á todo el que le sobrepusiera en talento, virtud ó saber ¿creeris que la turbamulta de envidiosos, aplaudiendo interiormente dejaría de protestar en masa contra semejante villanía?

Si en medio de una sociedad de usureros y agiotistas, manifestase alguno que estaba resuelto á crearse una fortuna á todo trance, aunque fuese valiéndose de los medios mas inicuos y reprobados ¿juzgaris que faltarían diablos predicadores que anatematizasen tamaña inmoralidad?

Si un crítico os dijese que frecuentemente la simpatía ó antipatía á los autores, los empeños de los amigos, ú otras consideraciones equivalentes eran la única pauta que le servia para justipreciar el mérito ó demérito de las obras sometidas á su fallo, ¿creeris que no se levantaria un clamor universal en la cuarta página (alias *gaceta*) de todos los periódicos, y en todos los sitios donde no se hace todas las noches otra cosa?

Es indudable que si existiese un cobarde tan imbécil que anduviese pregonando su cobardía, se veria escarnecido, abofeteado y desafiado por otros cien veces mas cobardes que él.

La muger mas enemiga de Platon, se indigna y encoleriza si el que trata de granjearse su benevolencia, la aborda *ex-abrupto* (á lo bruto) y hace alarde de ser demasiado franco con ella.

Hoy que nadie cree en nada, si alguno blasfema de Dios, si ridiculiza la religion, si se burla de la amistad, del amor, de la virtud, de la gloria, del honor, de la fidelidad conyugal, si compara á la patria con una metríz destinada únicamente al placer de los que tienen bastante cinismo para conquistar sus favores á fuerza de infamias y bajezas; si asegura que la libertad es una utopia pueril, omnipotente para engendrar el mal é infecunda para producir el bien, semejante al *guao* de las selvas americanas que envenena á los que se acuestan bajo su sombra, ó al viejo Saturno que devoraba á sus propios hijos, segun la feliz espresion de Vergniaud..... ¿juzgaris que le faltarán impugnadores al que tales impías máximas propala, aunque hable delante de una reunion de ateos, sacrilegos, falsos amigos, libertinos, concusionarios, escritores venales, adulteros, pancistas, é *tanti quanti* hombres corrompidos, sin corazon ni conciencia, locos peligrosos, filósofos de café ó pobres diablos que andan en dos pies por la misericordia divina?

Y si fuesen ellos solamente los únicos que tuvieran que condenarse á sí mismos, protestando con los labios de lo que esconden en el pecho, á guisa de asesinos que se cubren el rostro para no ser conocidos! pero desgraciadamente en la sociedad moderna, gangrenada hasta la médula de los huesos por el egoismo desencadenado y sin mas brújula que los instintos ciegos de la carne; egoismo que se traduce en esa ánsia febril de goces materiales, en esa ambicion injustificada, en ese descontento anárquico, en esa falta de creencias que aqueja á todas las clases indistintamente, todos participamos, mas ó menos, de la general corrupcion, porque todos respiramos la misma atmósfera emponzoñada; y todos, á menudo, para no tener que avergonzarnos, decimos lo contrario de lo que pensamos, hacemos y sentimos.

Tal es nuestra miserable condicion; Dios lo ha querido asi. La naturaleza humana se complace en cubrir con un velo todo lo que puede revelar su miseria y nulidad: se paga de los sonidos y no indaga la causa que los produce; la seduce la forma y no penetra en el fondo; toma lo accesorio por lo principal; ama el bien y se entrega al mal; procura engañar á los demas y engañarse á sí propia, y cuando esto no es posible, tergiversa el sentido de las palabras y les da una acepcion que la disculpe, y la rehabilite á sus propios ojos. La necesidad se convierte en modestia, el orgullo en entereza de carácter, la avaricia en economia, el miedo en prudencia, la murmuracion en gracia, etc.

Dios lo ha querido asi, y no debemos sublevarnos contra su previsoría bondad. ¿Qué seria de nosotros si una palabra indiscreta viniera á revelarnos á cada instante todas las ruines pasiones que fermentan en el corazon del hombre (y de la muger)? La sociedad seria un suplicio insostenible y no habria ilusion ni afecto que resistiesen á tan tremenda prueba.

Harto desgraciados somos ya con conocer frecuentemente la diferencia enorme que hay entre lo que se dice y lo que se siente: el contraste entre las palabras y la accion, el gesto, el acento, la mirada, suele ser tan chocante, que interpretamos las primeras al revés de lo que significan, tomadas en su sentido literal.

—Esta casa está á la disposicion de vd., nos dice friamente una señora á quien nos ha presentado un amigo que no goza del mejor concepto entre los que le conocen. Traduccion: no vuelva vd. á poner mas los pies en ella.

—Pagaré á vd. pronto, muy pronto, replica con sorna un deudor perseguido sin descanso por su acreedor.

Traduccion: pagaré á vd. en tres plazos, tarde, mal y nunca.

—Ha salido, contesta sonriéndose y volviendo la cabeza hácia atrás, la criada que desea y no se atreve á traspasar su consigna. Traduccion: está la señora, pero no para vd., aguarda á otro.

—¡Siempre, te amaré, siempre! esclama bostezando un recién casado ó un amante hastiado de su querida. Traduccion: hija, me apestas.

—Vd. siempre se equivoca, siempre está mal informado, respondemos abriendo los ojos y apretando los labios, al que pretende hacernos tragar alguno de los escandalosos embustes que forja á cada paso. Traduccion: vd. es un solemne embrollon, y si corre como miente, el diablo que le alcance.

—Mi voluntad es la tuya, contesta humildemente la tímida consorte, que si pudiese convertirse de cordera en leona despedazaria á su tirano. Traduccion: haré lo que se me antoje, es decir, lo contrario de lo que me ordenas.

—Suélteme vd., dice á media voz, acercándose al que todavia no la ha cogido, la que aun puede y no acierta á huir. Traduccion: atrevase vd. *Audaces fortuna juvat.*

—La abundancia de materiales y compromisos anteriores no me permiten, amigo mio, insertar el artículo de vd. á pesar que me parece muy bueno y me ha agradado sobremanera; aulla, imitando la angustia del codrillo, el astuto *ñandú* (1), llamado vulgarmente director (de un periódico político ó literario), al devolver sus pulcros ó emborrionados manuscritos al pobre escritor ó misero escribiente, que en hora menguada, en vista de tantas antiguallas, concepciones rabadánicas y esperpentos churriguerescos, como el susodicho publica, cayó en la tentacion de ofrecerle algo mejor (o peor). La traduccion de las almiaradas frases del referido pájaro es la siguiente: su artículo no vale un demonio: me he dormido leyéndole; y es vd. un tonto en pretender cambiar papel sucio y viejo por dinero limpio y flamante. Eso es mas difícil en España de lo que vd. y otros necios creen. El tiempo de la alquimia ya pasó; y en vano se entrega vd. al movimiento continuo, escribiendo sin descanso; en vano busca la cuadratura del círculo, girando siempre al rededor de mi casa y atacándome por los cuatro costados á la vez; en vano pretende eclipsar á Montemayor, afanándose por dar direccion á los globos.... de su cabeza, ó lo que viene á ser lo mismo, el modo de convertir mi periódico en una especie de mercado ó *debouché* para sus perversos engendros, obligándome así á aflojar los cordones de la bolsa. ¡La intencion sola me horripila! yo no suelto un maravedí, no obedezco al movimiento de la época que pide continuas mejoras y adelantos; yo no me dejo cuadrar ó sea convertir en bolo, ni franqueo, en una palabra, las columnas de mi periódico, sino á cosas muy buenas, á firmas acreditadas, ó á los inocentes que solo por el gusto de verse impresos me regalan sus producciones. Los demas son lobos con piel de oveja, cosas literarias, sansimonianos, judíos, famélicos *cavet lege*, es decir, hereges, y yo no quiero nada con gente que profesa doctrinas tan inmorales y subversivas.... para mí, que me llamo Nicodemus ó *Nihildemus* como decia Quevedo.

No queremos hablar de las reticencias y medias palabras que dan á entender lo contrario de lo que decimos ó sentimos, porque verdaderamente están comprendidas en los casos que acabamos de especificar. La ironía, el sarcasmo, y ciertas conjunciones como *pero, pues, ya, con todo, sin embargo, se dice, tal vez, etc.*, son sus inseparables compañeras.

En cambio, no pocas veces, la verdad sin advertirlo se nos escapa de la boca.

—Vd. sabe que nada valgo.... suele decir al ofrecernos sus servicios mas de un tonto, que en efecto no sirve para nada, ni siquiera para tercero.... en discordia. —Yo soy muy débil.... de carácter, y amiga de dar gusto á todo el mundo, añade mas de una sensible criatura (que no es ninguna Lucrecia), victima inocente de su amabilidad y buen corazon con todos....

—Tenga vd. paciencia.... le tengo muy presente.... vd. será repuesto y ascenderá; masculla entre dientes un ministro, arrellanándose en la butaca, sin dignarse mirar al oscuro pretendiente que le presenta casi de rodillas su LXXVIII memorial, y que en efecto al poco tiempo asciende, porque se muere de hambre y se vá derecho al cielo en premio de su perseverancia.

—Hará vd. penitencia con nosotros... murmuran los que le convidan á uno á comer, como podria hacerlo en una posada de la Mancha ó en un mal bodegon de Madrid.

—Voy á asesinar á vds.—esclama con cierta risita á lo Byron el poetaastro que invita á sus desdichados amigos para la lectura de un drama infame, que él cree una obra maestra.

—Lo que mas me seduce en vd., María, es su *buen fondo*, dice á una encantadora niña capaz de dar un susto al miedo, el apuesto doncel que ha tenido el singular capricho de enamorarse perdidamente.... de su dote!

—Pronto dejará vd. de padecer, repite con tono magistral el médico al despedirse del enfermo, á quien envia esa madrugada á tomar el chocolate con las almas del purgatorio ó con Luzbel.

—Querido Juan, llévame á los toros.... sabes que me quiero por ellos, dice la tierna cónyuge acariciando á su buen esposo, el señor *Lanas*, y componiéndole el pelo que se le ha caído sobre la frente....

Son inagotables los ejemplos.

(1) Ave de América perteneciente al género carnívoro.

Nadie duda que los que así hablan, están muy lejos de imaginarse que dicen la verdad sin querer: es probable que si lo sospechasen, no se dirigirían tales epigramas á sí propios. Además...

Concluamos; ya este artículo se va haciendo muy extenso, y he prometido ser breve.

Decimos lo que sentimos, y sentimos lo que decimos cuando la poca importancia de las cosas, la vehemencia de un sentimiento, ó el vértigo de las pasiones, nos impiden reflexionar. Siempre que estamos tranquilos y hablamos con la máscara que la sociedad nos obliga á llevar; siempre que estamos á la mira sobre el buen ó mal efecto que producen nuestras palabras en los demás farsantes del teatro social, siempre que el amor propio, el interés ó el miedo nos preocupan, ahogamos la voz de nuestra conciencia, y, ó no decimos lo que sentimos, ó lo decimos á medias, ó vestimos nuestro pensamiento con una coraza impenetrable, ó le desleimos en una frase ambigua, susceptible de cualquiera interpretación, ó mentimos descaradamente como unos trogloditas.

¿Queréis una prueba mas, —última y concluyente,—de esta verdad irrecusable?... yo mismo que he escrito este y otros artículos, haciendo alarde de imparcialidad y franqueza, lejos de decir en ellos todo lo que siento, me he dejado lo mejor en el tintero.

¿Y por qué?... ¿Por qué?... mas vale no decirlo. Siempre conviene dejar algo que adivinar á la malicia de los lectores y á la curiosidad de las lectoras. Nada hay mas elocuente que el silencio en ciertas ocasiones, y sino que lo digan estas últimas, cuando... se ven interpeladas y atacadas hasta en sus últimos atrincheramientos y no saben que contestar....

Quede, pues, sentado que nadie dice lo que siente, sino en circunstancias escepcionales, y que *por ende*, todos, con mas ó menos frecuencia, con mas ó menos talento, con mas ó menos desfachatez, quebrantamos cotidianamente el octavo mandamiento.

Madrid, mayo 29 de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS EN EL POLO NORTE.

PASO DEL NOROESTE.

I.

La existencia de un estrecho en el Norte de la América entre el Océano Atlántico y el mar Pacifico, es una cuestion que se está agitando hace tres siglos: la vuel-

dos grandes porciones: la una, compuesta de los dos grandes continentes unidos del Africa y del Asia, presenta una masa de tierra no interrumpida, desde el cabo de Buena-Esperanza del Sur, hasta el mar ártico al Norte: la otra, que solo contiene la América, forma

meridionales, lo cual las espone á un frio mas intenso: mientras que las aguas que bañan las primeras dejan en todo tiempo un paso libre al navegante, las otras le presentan durante la mayor parte del año hielos imposibles de atravesar. Además, el buque que se dirige



Esquimales.

una barrera semejante en una longitud casi igual, que se estiende desde el estrecho de Magallanes, al Mediodia, hasta un punto todavia no determinado hacia el Norte. Estos dos mundos se hallan separados por una parte por el Atlántico, y por otra por el mar Pacifico: dos caminos los unen en el dia, el uno por el cabo de Buena Esperanza, y el otro por el estrecho de Magallanes ó el cabo de Hornos: pero en ambos es preciso atravesar el Atlántico hasta su estremidad Sur, antes de llegar al mar Pacifico para dirigirse por él al Este ó al Oeste. Como las naciones que han dividido entre sí el imperio de los mares, se hallan situadas mas bien al Norte que al Sur, se ha creído que un paso Norte en las costas de Europa y del Asia ó al Noroeste en las de la América, abreviaría mucho la distancia que las separa del Océano Pacifico.

hacia el paso del Sur no dobla mas que un solo promontorio en una latitud alta, y el que intenta el del Norte, debe seguir una linea de costas que se estiende desde el grado ciento al ciento veinte y cuatro de longitud en una latitud helada.

En la actualidad, los marinos se ocupan muy poco del paso Nordeste y puede mirarse como impracticable, aunque es cierto que existe un mar desde el estrecho de Behring, hasta el Spitzberg. El paso del Norte abriría un camino mucho mas corto, pero seria preferible el del polo Norte, se atravesarian los mares del Spitzberg en la region que circuye inmediatamente el polo, trazando de este modo el diámetro del círculo que forman las costas de la Europa y del Asia por una parte, y las de la América por otra. Ahora echaremos una rápida ojeada sobre las tentativas que en diversas

épocas se han hecho para pasar aquellos dos estrechos, sobre los obstáculos que se han opuesto á su buen éxito, y sobre los motivos de esperanza que aun subsisten.

Obstáculos que se oponen al descubrimiento de un paso por el Noroeste.—La dificultad de la navegacion en los mares árticos, proviene del excesivo frio que reina en aquellas regiones, á que la forma esférica de la tierra y la oblicuidad de su eje con relacion al plano de la órbita de la tierra, privan de la accion de los rayos del sol durante una gran parte del año. En el mes de agosto comienza á nevar: las aguas se congelan rápidamente, y las orillas se cubren de hielos cuyos témpanos ocupan toda la superficie del mar. Por todas partes reina la mas profunda oscuridad, y la débil claridad de la luna apenas ilumina alguna vez aquel triste cuadro.

Vuelve por fin á aparecer el sol, pero no tiene fuerza al principio para calentar aquella tierra helada. Poco á poco se va aumentando su potencia, las nieves se derriten y el hielo se ablanda: el Océano recobra su libertad, é impelidos los témpanos por la violencia de los vientos y de las corrientes, chocan y se rompen unos contra otros. Por lo regular suele efectuarse este deshielo hacia el mes de junio, y pocas semanas son suficientes para dispersar sus flotantes masas.

El mar queda entonces desembarazado, pero los navios están espuestos á sufrir el choque de los témpanos que pueden hacerlos zozobrar, y aquellas montañas, que semejantes á elevadas torres bogan por el océano, amenazan envolver en su repentina destruccion al frágil buque que se encuentra cerca de ellas. Aquellas inmensas masas se forman por la congelacion de las aguas que recibe el Océano, y por la condensacion de los vapores que se precipitan en las regiones polares: au-



Desfiladero formado por los hielos, segun un dibujo del capitán Ross.

ta del intrépido capitán Ross, y sus perseverantes esfuerzos que no han sido coronados por el éxito, acaban de escitar el interés que inspira semejante problema. El antiguo y el nuevo mundo dividen el globo en

Pero es innegable que esas vias por el Norte, ofrecen muchos mas obstáculos que las del Mediodia; las costas septentrionales de los dos mundos, están situadas en una latitud mucho mas elevada que sus límites

cion al frágil buque que se encuentra cerca de ellas. Aquellas inmensas masas se forman por la congelacion de las aguas que recibe el Océano, y por la condensacion de los vapores que se precipitan en las regiones polares: au-

mentanse cada año, hasta que por último desplomándose por su propio peso, minadas por la acción disolvente del mar, se sumergen en su seno. Su sustancia es clara y compacta: son de un hermoso verde con viso azulado: algunas barbujitas de aire perjudican con frecuencia á su transparencia, pero se encuentran pedazos bastante grandes, cuya pureza iguala á la del mas hermoso cristal. El capitán Scoresby ha usado mas de una vez, á manera de lente, un fragmento cuya convexidad nada

el polo. Enrique Hudson, marino muy experimentado, se hizo á la vela en 1607, llegó á la costa del Groenland á la latitud de 73°, y navegando hacia el Norte avanzó hasta el grado 81, punto en donde los hielos le obligaron á detenerse. Al año siguiente buscó sin resultado un paso por el Nordeste; en 1610 tomó una dirección opuesta; mas apenas hubo atravesado el estrecho que lleva su nombre, cuando se sublevó la tripulación, le puso en una lancha, y le abandonó.

cio de Europa. La posibilidad de encontrar un paso por el Norte, llegó á ser un manantial fecundo de discusiones. Las razones para la afirmativa eran plausibles y en gran número. Las corrientes que vienen del Norte, y cuya influencia se hace sentir perpétuamente en las costas orientales de la América y en las del Groenland, que están opuestas, hacen presumir con fundamento la existencia de una comunicación no interrumpida entre el estrecho de Davis y el gran golfo polar. Además, esas

mismas corrientes arrastran despojos de árboles, de los que algunos, recientemente arrancados, parecen producciones de un clima mas suave; un tercer argumento se apoya en un hecho bien conocido en las pesquerías del Groenland; ballenas heridas en los mares del Spitzberg, han sido cogidas en el mar Pacífico, en las costas de la América, y reconocidas por el harpon que llevaban clavado. A estas pruebas se unen la opinión de los indios, y la configuración de las costas Norte de aquel continente, que está indicado por los tres puntos ya conocidos: el cabo de Hielo, las bocas de Mackensie, y el rio de las Minas de Cobre. La opinión de los indios, la separación y lejania de muchas masas de hielo, y el rompimiento de la barrera que se suponía tener bloqueado el Groenland, cuatro siglos hacia, determinaron la continuación de las tentativas interrumpidas por las turbulencias políticas. Preparáronse dos expediciones: una debía pasar el estrecho de Davis, torcer por la punta N. E. de la América, y dirigirse hacia el Oeste con objeto de llegar al estrecho de Behring; la otra debía seguir la dirección Norte, atravesando los mares del Spitzberg, y si encontraba alguna abertura en el mar polar, introducirse por ella para llegar también al estrecho de Behring. Así, pues, dos buques mercantes, la *Isabela*, mandado por el capitán Ross, y el *Alejandro*, por el teniente Parry, fueron destinados á buscar el paso N. O. y otros dos, la *Doro-tea*, á las órdenes del capitán Buchan, y el *Trento*, á las de Jhon Franklin, á descubrir el del N. Provistos de viveres para dos años, se hicieron á la vela el 18 de abril de 1818. Las tripulaciones tenían las



Invernadero del Hecla y del Griper.

tenia de regular, y los marineros se asombraban al ver que encendían sus pipas y el hielo permanecía duro y brillante. Al contrario, el que se forma de las aguas del mar, es muy poroso, poco limpio, y solo se conserva de un año para otro. La naturaleza tiene pocos espectáculos tan interesantes como los de las islas de hielo: á lo largo de las costas del Groenland en su parte occidental, presentan al marino la apariencia engañadora pero risueña, de una muralla, con torreones muy altos, castillos góticos, y una escuadra con las velas desplegadas.

Viages de descubrimiento emprendidos á las regiones árticas hasta fines del siglo XVIII.—Ga-par de Cortereal, portugués, descubrió en 1500 la tierra del Labrador, y siguiendo la costa por el Noroeste, llegó á la espaciosa bahía de Hudson: creyó entonces que había encontrado el apetecido paso del mar Pacífico, y le llamó estrecho de Anian. Regresó á Portugal, y al año siguiente volvió con dos navíos que separó una tempestad. Se ignora la suerte del que él montaba. Su hermano, Miguel de Cortereal, tuvo la misma suerte, y fué preciso una real orden, para que su tercer hermano Manuel, se abstuviese de intentar la misma empresa. Los esfuerzos anteriores de los dos Cabotes, no habían producido mas resultado que el descubrimiento de Terra-nova. Otros navegantes franceses y españoles no fueron mas afortunados. Hacia la misma época, Enrique VIII, alentó á Roberto Thorne á que emprendiese un viaje al polo Norte. Partió en efecto la expedición, empero los pormenores de ella nos son poco conocidos. Muchos viages emprendidos desde 1536 á 1556, fueron igualmente infructuosos: los hielos impidieron que pudiesen pasar del estrecho de Weigats.

Tantos resultados contrarios no pudieron quebrantar la creencia de la existencia de un estrecho, apoyada por la autoridad de todos los hombres ilustrados. Martin Frobisher, bajo los auspicios y protección de Isabel, hizo tres viages sucesivos en 1576, 1577 y 1578. Cortos é insignificantes fueron sus progresos; sin embargo, se decidió una nueva expedición en 1585, que se confió al célebre Jhon Davis, que consiguió pasar el estrecho que lleva su nombre, bajo la latitud de 66° 40'. Descubrió lo que se llama el de Cumberland. En otros viages logró penetrar setenta leguas mas allá de este último estrecho.

La expedición de Jorge Weymouth, emprendida á principios del siglo XVII, no llenó de ningún modo su objeto, como tampoco los tres viages que Enrique Hall hizo por orden del rey de Dinamarca en 1605, 1606 y 1607. Entonces se decidió emprender el derrotero hacia

Uno de los viages mas notables en esta parte del globo, es el de Roberto Bylot, en 1615; siguió las costas occidentales del Groenland, por mas arriba del estrecho de Davis, hasta la estremidad Norte del mar de Baffin; dió la vuelta, vió muchas entradas muy anchas, y no las examinó porque las tomó por unos golfos.

Sería tan prolijo como fastidioso, continuar la enumeración de las diversas tentativas hechas en diversas épocas, que no produjeron resultado alguno. La última

mayores esperanzas, y creían que seguramente obtendrían el premio ofrecido por el parlamento: el público participaba de la misma confianza, porque ninguna de las expediciones anteriores había presentado tantas probabilidades de buen éxito.

Tan halagüeñas previsiones no debían realizarse; el capitán Buchan sufrió en la latitud de 80° 30' un huracán que le arrojó en medio de los hielos, en donde la *Doro-tea* tuvo tan grandes averías que la fué imposible



Cabañas de esquimales construidas con nieve.

se efectuó en 1789. Alejandro Mackensie bajó por el rio á que dió su nombre, y penetró mas lejos que nadie en el Océano ártico, lo cual sirvió para probar la existencia de un mar al Norte de la América, y aumentar la probabilidad de un paso al Noroeste.

Expedición de los capitanes Ross y Buchan.—En cuanto sucedió la calma á los largos disturbios que produjo la revolución francesa, el gobierno inglés volvió á ocuparse de una cuestión tan importante para el comer-

continuar su camino, y aun navegar sola. El *Trento* volvió con ella en el mes de octubre.

El capitán Parry zarpó de las islas Shetland el 30 de abril, dobló el cabo Farewell á una distancia considerable hacia el Sur, y encontró la primera isla de hielo el 26 de mayo. En cuanto pasó el estrecho de Davis, los hielos fueron haciéndose cada vez mas abundantes, y bien pronto se vió obligado á aproximarse á las costas orientales: la navegación llegó á ser peligrosa, y

puede formarse una idea de sus dificultades, por el croquis trazado por el capitán Ross, de un desfiladero formado por los hielos, que representa el grabado anterior.

Los marinos ingleses con su valor y habilidad superaron aquel obstáculo, llegaron a la isla de Waigat el 17 de junio, é hicieron allí muchas observaciones. Siguiéron luego la dirección Norte y cuando estuvieron en la latitud de 75° 54' les sorprendió ver sobre los hielos un grupo de esquimales. Aquel encuentro era tanto mas asombroso, cuanto que ya había pasado la única parte del Groenland que se suponía habitada. Acercáronse, no sin alguna dificultad, á aquellos salvajes, y les pudieron arrancar algunas noticias: era tal su ignorancia, que se conceptuaban los únicos habitantes de la tierra. Sin embargo, conocen el uso del hierro: fabrican con él una especie de cuchillos, y le estruén de una montaña que suponen enteramente compuesta de este metal. Escuden al parecer en fealdad á los demás esquimales, y el capitán les dió el nombre de highlanders árticos. Es difícil llevar el desaseo á mas alto punto; la cara, las manos y todo el cuerpo, le tenían lleno de aceite é inmundicias. Prosiguiendo su camino, los navegantes ingleses notaron con asombro, varios peñascos cubiertos de una nieve encarnada, que cuando se derretía se asemejaba á las heces del vino. Cuando regresaron á Inglaterra la sometieron al análisis, y se vió que era el resultado de la vegetación de un líquen que crece sobre la nieve. Despues de pasar el punto llamado por Baffin el Sund de sir Thomas Smith, se dirigieron hácia el Oeste, y luego hácia el Sur. Entonces se advirtió una grande variación; la navegación fué mas libre, el mar se quedó mas despejado, y el 30 de agosto entraron en un canal de cerca de cincuenta millas de ancho, que al momento fué reconocido por el Sund de sir James Lancaster. Su vista escitó grande interés en los marinos ingleses. Como sabían que Baffin, que le había dado aquel nombre, no había entrado en él, cada uno creyó que aquel debía ser el paso tan deseado; la profundidad del agua, una temperatura mas suave, y la falta absoluta de hielos, aumentaban sus esperanzas; mas apenas habían andado diez leguas, la *Isabella* mudó de dirección, y salió á toda vela del canal; el capitán Ross vió distintamente dos cadenas de montañas que se extienden de Norte á Sur. El objeto de la expedición se había frustrado. En efecto, los buques llegaron á Shetland el 30 de octubre, despues de una ausencia de seis meses, sin haber obtenido resultado alguno. El disgusto fué general, y por todas partes repetían que la empresa había sido abandonada con una imprudente precipitación, cuando ofrecía las probabilidades mas brillantes. Cadenas de montañas vistas desde lejos, no parecían una prueba suficiente de que terminasen el canal, y acusaron de negligente al capitán Ross, por haber dejado escapar aquella ocasión de examinar la costa Oeste de la bahía de Baffin, y rectificar las cartas tan defectuosas en cuanto á este punto. El gobierno inglés participaba sin duda de esta opinión, y creyó que no debía perderse la esperanza de penetrar en los mares polares, por la bahía de Baffin.

II.

PRIMER VIAJE DEL CAPITAN PARRY.

Este oficial, que había acompañado al capitán Ross en clase de teniente, recibió el encargo de explorar nuevamente el canal de Lancaster, asegurarse de si realmente estaba cerrado, y en ese caso, someter al mismo exámen los del alderman Jones, sir Thomas Smith, y el estrecho de Cumberland; si aquellas observaciones eran infructuosas, debía procurar descubrir un paso por otro punto.

El *Hecla* y el *Griper*, partieron de Inglaterra el 41 de mayo, y avistaron el golfo de Lancaster el 4.º de agosto. «Es mas fácil imaginar que describir, dice el capitán Parry, la ansiedad que oprimía nuestras almas, mientras una fuerte brisa nos impulsaba rápidamente hácia el Oeste. Toda la tarde, el gran mástil estuvo sitiado por los oficiales y marinos. Un observador indiferente hubiera quizá podido divertirse con la ávida impaciencia con que escuchaba sus opiniones muchas veces contradictorias; sin embargo, todos propendían á fortalecer nuestras mas lisonjeras esperanzas.» Avanzando siempre hácia el Oeste, á media noche se encontraron mas lejos que ninguno de los viajeros anteriores; ningún obstáculo se presentaba todavía; todos los indicios eran favorables; la mar tenía mucho fondo, su color se parecía al del Océano, y se hallaban á gran distancia del estrecho de Barrow. Cuando llegaron á la latitud de 89°—18' descubrieron en frente de ellos una isleta, desde la cual arrancaba una barrera de hielo que se extendía hasta la costa Norte; era, pues, imposible, avanzar mas al Oeste; mas al Sur se abría un ancho paso; entraron en él, y le dieron el nombre de Príncipe Regente. En aquel momento, la brújula, cuyos movimientos eran mas lentos ya hacia algun tiempo, presentó el curioso fenómeno de una completa inmovilidad; privada la aguja de su potencia, seguía el impulso del buque. Solo pudo conocerse la verdadera marcha del navio y la dirección del viento, por la observación del acisunt del sol, cuanto este astro estaba visible. Despues de haber avanzado algunas leguas, fueron detenidos por los hielos, y obligados á volver al estrecho de Barrow: allí encontraron con sorpresa que el obstáculo que los había precisado á variar de dirección, había desaparecido; al punto volvieron á emprender su primer derrotero, y llegaron prontamente á una ancha abertura

al Norte, que llamaron canal de Wellington; allí no vieron ni tierra ni hielo.

A cada momento parecía aumentarse la probabilidad de un paso por el Oeste; despues de atravesar un estrecho desfiladero formado por los hielos, vieron hácia el Norte muchas islas, que sucesivamente recibieron los nombres de Cornwallis, Bathurst, y Biam-Martin; el capitán Sabine y algunos oficiales desembarcaron en la punta oriental de la última; allí encontraron restos de habitaciones de esquimales, y huellas recientes de renos y de perros; pero la llegada de las brumas y de los témpanos hizo la navegación en extremo penosa, y con suma dificultad se pasó una especie de canal en donde las aguas se encontraban estrechadas por los hielos y las tierras. En seguida descubrieron una isla bastante considerable que llamaron Melville. El 4 de setiembre atravesaron el grado 110 de longitud Oeste, en la latitud de 74° 44' 20" y de este modo obtuvieron las 5,000 libras esterlinas ofrecidas por el parlamento inglés á los que llegasen á aquella latitud.

Entonces fué ya imposible pasar mas adelante, y por la primera vez echaron el áncora en un sitio que denominaron la bahía del Hecla y del Griper. Despues de un exámen mas profundo de la isla de Melville, los intrépidos navegantes se afanaron en avanzar al Oeste, y el 17 llegaron á la longitud de 112° 51': allí se vieron obligados á hacer vela hácia el Este, y como avanzaba la estación, determinaron ir á pasar el invierno en la bahía que acababan de dejar: la encontraron ya cubierta de hielos que durante dos dias tuvieron que romper para abrirse paso.

El largo invierno que les amenazaba exigía precauciones multiplicadas para la conservación de los buques: fueron pues desarbolados, escepto la gran gavia del *Hecla*, envueltos con lona y rodeados de tablas; hicieron montones de hielo hasta una grande altura, y se establecieron en lo interior de los buques estufas y hornos. Una sábia economía, y una prudente previsión para la salud de las tripulaciones, presidieron á la distribución de víveres. Se permitió á los marineros pasear por la costa, y aun hicieron varias cacerías. Esta especie de diversion no deja de tener riesgos en aquel destemplado clima: heláronse á algunos los miembros y fué indispensable hacerles la amputación.

Los marinos ingleses procuraron combatir la influencia del triste aspecto de una naturaleza desolada, por medio de todas las distracciones compatibles con su posición. Construyeron un teatro, y todas las semanas se publicaba á bordo un periódico titulado: *Gaceta de la Georgia del Norte*. Ocupados de este modo, pasó el tiempo con mas rapidez de la que esperaban: en el dia mas corto, ó mas bien en mitad de aquella larga noche, todavía podía leerse algunos instantes, antes y despues del medio dia, volviéndose hácia el Sur. El 15 de enero tuvieron el magnífico espectáculo de una aurora boreal, y el 5 de febrero, el primer rayo del sol dió en la punta de la gran gavia. cuatro dias despues se elevó el astro en el horizonte: no le habían visto desde el 11 de noviembre y su presencia les consoló del rigor del frio que entonces era escesoivo.

El mes de marzo fué mucho mas suave, y á principios de abril, el termómetro estaba á cero, cosa que no había sucedido en ocho meses. Sin embargo, hasta primero de agosto no pudieron los buques dejar la bahía, y los hielos no permitieron avanzar mas que el año anterior. Salieron del estrecho de Lancaster el 30 de setiembre, y en los primeros dias de noviembre volvieron á ver la Inglaterra.

Segundo viaje del capitán Parry.—Si el resultado del primer viaje no había correspondido á las esperanzas, parecía al menos que se habían aumentado las probabilidades de un paso por el Noroeste: habíanse hecho importantes observaciones geográficas, y se creyó que las numerosas islas que se encuentran en el camino que se había seguido, contribuían á la acumulación de los hielos en aquel punto, y que tal vez los obstáculos no serían los mismos, si se encontrase un paso siete ú ocho grados mas abajo que los de Lancaster, y en la latitud de las costas Norte de la América. Era necesario primero reconocer las costas orientales de aquel continente, y procurar fijar bien el punto en que terminan por el Norte. Tal fué el objeto del segundo viaje.

El *Hecla* y la *Furia* aparejaron el 8 de mayo y atravesaron el Atlántico, por el estrecho de Hudson: su curso fué tan rápido cuanto pudieron permitirlo las dificultades de la navegación. Apenas comenzaba el mes de agosto, y aquellos buques tocaban ya en la estremidad Este del canal que se extiende entre la isla de Southamplon y las tierras al Norte.

El capitán Parry creyó que era el mismo que Middleton denominó en 1742 el estrecho Helado: los témpanos le cubrían casi enteramente. Despues de reflexionar seriamente, se decidió á pasar por enmedio de ellos, para evitar el dar en derredor de la isla un rodeo de 200 leguas. Su valor fué recompensado, porque á lo último del canal encontró una hermosa bahía á que dió el nombre de duque de York.

Las aguas estaban entonces completamente libres y los navegantes comenzaron las exploraciones objeto de su viaje: desde el 22 de agosto hasta fin de setiembre se ocuparon en la penosa y cansada tarea de visitar cada hondura y cada golfo que presentaba la menor apariencia de un paso hacia el Oeste. El celo y la infatigable perseverancia de aquellos marinos superaron todas las dificultades, y fué examinada con el mas minucioso cuidado una extensión de costas de mas de 200 leguas. Apenas quedaba concluida aquella operación,

la proximidad del invierno les obligó á buscar un retiro en donde pudieran esperar con seguridad la vuelta de una estación mas suave.

Elegieron una isleta que llamaron isla del Invierno, y se establecieron en ella del mismo modo que la primera vez, haciendo las mejoras que la experiencia les había enseñado. Representaron comedias, hubo conciertos, y en cada buque se estableció una escuela: cuando volvieron á Inglaterra todos los marineros sabían leer. Pero lo que mas contribuyó á distraerlos, fué la inesperada visita de algunos esquimales: habiéndose entablado bien pronto relaciones amistosas entre unos y otros, los capitanes Parry y Lyon los volvieron á conducir á sus cabañas ó mas bien covachas, y quedaron agradablemente sorprendidos al encontrar una población construida con nieve.

Recordando, dice el capitán Parry, que aquellas habitaciones estaban enfrente de nuestros buques, que muchas miradas espiaban sin cesar todo cuanto podía romper la uniforme monotonía de nuestra existencia, podrá formarse una idea del asombro que me causó aquella reunion de cabañas, y la presencia de los setenta individuos hombres, mugeres y niños, que rodeados de canoas, trineos y perros, parecían haberse establecido allí por todo el invierno. La nieve y el hielo eran los únicos materiales empleados en la construcción de aquellas extrañas habitaciones. Pedazos de forma oblonga, de seis á siete pulgadas de grueso y de cerca de dos pies de largo, estaban colocados de manera que formaban una pared circular. Cada pedazo estaba ligeramente inclinado por la parte interior, para que los lados del edificio se fuesen uniendo de modo que no dejasen mas que una pequeña abertura en la cúspide, en donde la piedra, ó por mejor decir, el témpano de enmedio se hallaba ligeramente colocado. La interior no era menos notable: despues de haberse deslizado por dos pasadizos de diez pies de largo por cuatro ó cinco de alto, cuya entrada estaba abovedada, nuestros viajeros llegaron á una pieccecita redonda por la cual se penetraba en tres habitaciones. Las mugeres estaban sentadas sobre sus camas, con una lámpara á su lado, y rodeadas de sus hijos y de los utensilios de cocina.

La estatura de los esquimales es por lo general inferior á la de los europeos. Tienen la cara redonda y llena, los ojos pequeños y negros, la nariz tambien pequeña, hundida entre las mejillas, pero poco aplastada; sus manos y pies son de una pequeñez notable, sus piernas delgadas, y anchas las rodillas. Su piel es suave y un poco atezada, y sus vestidos cómodos y de abrigo son de pieles de renos y becerros marinos. Por lo común consisten en una especie de chupa larga y un pantalón: van tan bien tapados que el frio no puede penetrarlos.

Hasta el 2 de julio no pudieron los buques emprender su marcha hacia el Norte por el canal de Fox con el proyecto de dar vuelta á la península denominada Melville, que creían debía formar la punta Nordeste de la América. Despues de una navegación arriesgada, llegaron á un canal que se extendía hácia el Oeste y que llamaron estrecho de la Furia y del Hecla. Pensaban que estaban muy próximos á conseguir su objeto, cuando una masa de hielo les cerró el paso: todos sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvieron que volver á la entrada del canal, y pasar un segundo invierno junto á una isla llamada Igloodik: allí fueron visitados por una horda de esquimales mas numerosa que la primera. Algunas de sus casas estaban cubiertas de pieles, y otras enteramente construidas con nieve amasada con agua. La expedición regresó á Shetland el 10 de octubre de 1823.

Tercer viaje del capitán Parry.—Como el triste resultado de tantos esfuerzos probaba demasiado la inutilidad de buscar el paso Noroeste por la bahía de Hudson, el capitán Parry volvió á partir el 11 de mayo de 1824, con los mismos buques y tripulaciones, con intencion de seguir el canal del Príncipe Regente. Esta fué la menos feliz de todas sus empresas; detenido por los hielos no pudo hacer nada el primer año, y pasó el invierno en la costa Oriental del puerto de Bowen: apenas salió de él á fines de julio cuando la *Furia*, ya averiada por los hielos, fué arrojada sobre la costa por un huracán: precisado á abandonarla, el *Hecla* volvió solo á Inglaterra.

El valor del capitán Parry, no decayó con aquel mal resultado: ofreció al almirantazgo procurar avanzar hácia el polo por los mares del Spitzberg, atravesando la barrera de hielos que había detenido al capitán Buchan en 1818. Su oferta fué aceptada: preparóse otra vez el *Hecla*, pero la perseverancia y habilidad del capitán Parry fueron ineficaces, y despues de infructuosos y desesperados esfuerzos, tuvo que regresar á Inglaterra.

(Se continuará.)

LA ALMEA (1).

I.

Dos individuos, musulmanes al parecer por su aspecto grave y por el traje oriental que los cubría, acababan de desembarcar en la orilla derecha del Nilo.

(1) Se da este nombre en el Oriente á las mugeres cuyo ejercicio es bailar en las plazas públicas y en los edificios particulares donde las llaman

donde terminaba por aquel lado la arenosa llanura en que se levanta la ciudad del Cairo (El Kahira), situada al pie del monte Mogaltan. Los dos individuos de quienes hablamos, después de haber dado algunas monedas de plata al patron de la pequeña embarcación que los condujera hasta aquel puerto, se dirigieron hacia la ciudad, iluminada entonces por los rayos del sol que estaba próximo a ocultarse tras las elevadas cuevas del Mogaltan. Los airoso minaretes de las mezquitas se dibujaban en el encendido y lejano horizonte, pero el que destacaba sobre todos los demas, como descuella el *Amba Gechem* sobre los pequeños montecillos que le rodean, era el de la mezquita *Touloum*, vasto edificio del siglo IX, que es mirado como el monumento arábigo mas bello que queda en Egipto, aunque medio arruinado ya por el tiempo y por el brazo destructor de las convulsiones políticas.

Los dos viajeros habían dado algunos pasos, cuando uno de ellos, cuya edad rayaba poco mas ó menos en los treinta años, se detuvo de repente y dirigiéndose a su compañero que contemplaba con melancólica indiferencia cuanto le rodeaba, exclamó:

—¡Animaos, Orsini! ahora que estamos en el país de las maravillas, donde las pirámides, esos monumentos que ni el tiempo ni los esfuerzos de los hombres han podido destruir, elevan sus puntiagudas cimas coronadas de gloria, debeis sacudir la tristeza que os agobia. Contemplad cuanto os rodea, echad la vista sobre el estenso desierto que despliega á nuestros ojos su grandiosa magnificencia, y en cada uno de esos portentos hallareis un bálsamo consolador que mitigue las penas que os afligen.

—¡Ah, Lorenzo! contestó Orsini con tristeza. Cuando uno siente hervir en sus venas la sangre de la juventud, cuando se tiene ante sí un porvenir tan estenso como ese desierto, cuyos confines no nos es dado descubrir desde el punto donde nos hallamos, entonces cada objeto ocupa el pensamiento á su vez, absorbiendo todas las ideas y ahogando todos los recuerdos. Pero cuando como yo, no se ha llegado al otoño de la vida, cuando el porvenir triste y limitado no ofrece mas que dolores y aflictivas memorias, entonces no se halla placer ni consuelo en nada, aunque la naturaleza ostente sus mas hermosas galas, sus mas grandiosas maravillas.

—¡Oh! no habéis de ese modo, dijo Lorenzo. Bien se conoce que estais bajo la influencia de uno de esos momentos en que el sol de la esperanza no ilumina vuestra mente. Pero ese momento pasará y entonces podreis apreciar en lo que vale el país que recorreremos. Acordaos que nos hallamos en el Egipto, tan poderoso en tiempo de los Faraones; tan rico cuando los Ptolomeos empuñaban en él el cetro. El Egipto fué el que instruyó á la Grecia, la Grecia quien instruyó á los romanos, los cuales nos comunicaron sus luces á nosotros. Sin embargo, en el día no es lo que fué. Después de haber subyugado bajo Sesostris una gran parte del antiguo mundo, se convirtió sucesivamente en el juguete de los persas, de los romanos, de los árabes y de los turcos. La férrea mano de la decadencia ha grabado en el su sello destructor; pero su nombre solo entusiasma la imaginación y los recuerdos de Thebas y de Menfis, los nombres del lago Moeris y del Laberinto, las pirámides y los obeliscos, vivirán eternamente en la memoria de las generaciones futuras.

—Si, pero vos olvidais que el trage musulmán es el que visten sus hijos degenerados, y este trage es bastante para hacer odiosos á mi vista á cuantos le llevan.

—Os doy las gracias, añadió sonriéndose Lorenzo. Según lo que decis, yo os parezco aborrecible, tan solo por que estoy adornado con el vestido de los sectarios de Mahoma.

—No, no, exclamó el anciano, con ademán afectuoso. Vos le llevais porque habeis querido acompañarme á mí, que busco en los viajes un alivio á la pena que me agobia noche y día. Yo estoy tambien vestido como vos, pero es la necesidad la que me obliga á cubrir mi cuerpo con este trage que aborrezco. Sin él estariamos expuestos á ser el escarnio de estos ignorantes musulmanes que creen congratularse con su mentido profeta escupiendo el rostro de los francos y dirigiéndoles el epíteto de perros y otros semejantes. En los países donde reina la superstición y el fanatismo, es preciso aparecer supersticiosos y fanáticos, sino se quiere ser el juguete y la mofa de la multitud desentrenada.

—Yo por mi parte, dijo Lorenzo con alegría, tan bien me hallo con este trage como con otro cualquiera. El vestido no influye nada en las ideas del hombre. Cincinato estaba vestido de jardinero, y sin embargo en su imaginación habia suficientes recursos para gobernar con acierto un grande imperio. Asi reconciliaos con el trage turco.

—Nunca, nunca; gritó Orsini con furor. ¿Olvidais que son los turcos los que han causado la infelicidad de mi vida?

—Mil veces habeis pronunciado esas palabras sin haberme dicho jamás la causa que las motiva.

—¿No la sabeis? pues escuchadme y vereis si tengo ó no razon para aborrecer á esta maldita raza, tan bárbara como sus preocupaciones y tan fementida como su creencia.

Al concluir estas palabras, inclinó la cabeza y permaneció por algun tiempo sumido al parecer en profundas reflexiones. Un momento después continuó:

—Sabeis que nací en Venecia de padres ricos, aunque desprovistos de nobleza. A la edad de veinte años,

y después de haber recorrido las principales capitales de Europa, volví á mi patria, donde pensé pasar tranquilamente el resto de mis días. Pero el destino, que siempre se me habia mostrado propicio, se cansó de protegerme, y quiso desde entonces sumirme en un abismo de desgracias. Frente de mi casa vivia la poderosa familia de los Morosines, la cual, no obstante la decadencia de Venecia, conservaba aun todo el orgullo que distinguiera á sus ascendientes en tiempo de la famosa república. Genaro Morosini, tenia una hija, bella como el cielo de Italia, lozana como los rosales de Alejandria cuya suave fragancia respiramos al abordar á este país. Yo la vi, y desde aquel momento, le juré un amor eterno, aunque en mi interior. Por el conducto de una de sus doncellas, le hice saber la pasión que sus gracias encendieron en mi pecho, y por la misma sirvienta no tardé en conocer que Blanca era sensible á mi amor. Lleno de alegría, no pensando mas que en la dicha que me aguardaba, corrí fuera de mi al palacio de Morosini, sin consultar á nadie: pido una entrevista al padre de mi amada, y después de haberle manifestado cuáles eran mis riquezas, le pido la mano de su hija. ¡Oh, amigo mio! ¡cómo pintaros la desesperación que de mí se apoderó al oír que Morosini, con todo el orgullo que distinguia á su familia, no solo me negó la mano de Blanca, sino que llegó hasta el extremo de insultarme, por lo que él llamaba mi atrevimiento y locura! Frenético, fuera de mí, corrí á mi casa, escribo á Blanca manifestándole los obstáculos que impedían nuestra unión, y termino pidiéndole una entrevista para aquella misma noche. Ella me la concedió, y dos días después ya lo tenia yo todo dispuesto para emprender con ella la fuga. El momento deseado llegó al fin, y apenas habían transcurrido dos meses, cuando ya nos hallábamos en Kordos (antigua Corinto), libres del temor de que nos persiguiesen.

Entonces fué cuando comenzó para mí una época de verdadera dicha. Unido á mi Blanca, y pensando tan solo en la felicidad de amar y ser amado, trascurren los años con esa rapidez que los hace parecer minutos; pero la ventura humana, como todo lo que nos rodea, tiene fin, y la mia lo tuvo por mi desgracia demasiado pronto.

Inmediata á la casa en que vivia con mi esposa, tenia la suya un turco llamado Mahamud, hombre ambicioso y de carácter feroz, el cual vió á Blanca y se enamoró ciegamente de ella. Mi esposa, inocente y próxima á ser madre, ignoraba enteramente la pasión que habia encendido en el pecho del musulmán, y solo pensaba en el momento en que le sería dado estrechar mas los dulces vínculos que nos unían, con el nacimiento del fruto de nuestros amores. Al fin aquel deseado momento llegó y Blanca dió á luz una hermosa niña, á quien puse el nombre de Violetta. ¡El momento en que se estrecha por primera vez en los brazos á la mujer que se ama, es sin duda muy dulce; pero mas lo es todavía aquel en que se goza la dicha de ser padre! Yo á lo menos, que veia crecer mi pequeña Violetta adornada de todo lo que tiene mas bello la infancia, disfrutaba de la mas completa felicidad. Blanca y mi hija, eran para mí el cielo: todo lo que no tenia relación con ellas, me parecia indiferente.

Un año habia cumplido poco mas ó menos Violetta, cuando resonó en la Grecia el grito de guerra.

Corinto fué una de las ciudades en donde se espermentaron mas pronto los efectos de ella. Todos los griegos que se hallaban en estado de tomar las armas, salieron al encuentro de un cuerpo de turcos que se dirigia sobre la ciudad, y animados por el odio que á sus enemigos profesaban, le atacaron en las inmediaciones de Kekhries. Largo tiempo duró el combate, pero los turcos eran en mayor número, y á pesar del denuedo de sus contrarios, lograron derrotarlos completamente, viéndose estos precisados á retirarse en desorden á la ciudadela de Corinto, donde se encerraron. Yo animado de los mismos sentimientos que los griegos, tomé las armas á su favor; pero cuando nos vimos precisados á retirarnos, no me dirigí como los demas á la ciudadela, sino que por una senda oculta entré precipitadamente en Corinto, y me encaminé á mi morada, donde supuse me esperaba sobresaltada Blanca, acompañada de su inocente hija. Efectivamente, después de haber atravesado varias calles, llegué á mi casa, voy á entrar en ella, pero dos soldados turcos me lo impiden; quiero insistir, y ambos levantan sobre mí sus cimitarras. Entonces algunos débiles gritos hieren mis oídos, y no tardo en reconocer la voz de Blanca. Un momento después el feroz Mahamud, acompañado de varios soldados, se presenta en la puerta llevando en sus brazos á mi esposa que se debatía con ellos, como la tímida paloma en las garras del gavilán. Al verme me llama la infeliz, y con suplicante voz me pide la socorra; pero algunos turcos me impiden salvarla. Animado con todas las fuerzas que da la desesperación, hago un violento esfuerzo, logro desprenderme de los brazos que me sujetaban, y armado de mi puñal me precipito sobre Mahamud, al que dejo tendido á mis pies; pero al mismo tiempo y cuando me hallaba ya próximo á mi esposa, recibí una herida en la cabeza que me hizo caer en tierra sin sentido.

Desde aquel momento ya no supe lo que fué de mí. Ignoro el tiempo que permanecí sin conocimiento; pero cuando recobré el uso de los sentidos, me hallé tendido en un lecho, junto á la cabecera del cual estaba un griego que no tardé en reconocer. Era Niketas, quien habiéndome dadomil muestras de amistad durante todo el tiempo que duró mi ventura, no quiso abandonarme en la desgracia.

—Niketas, amigo mio, ¿dónde está Blanca; dónde está mi hija?

Estas fueron las primeras palabras que pronunciaron mis labios, pero en vano esperé contestación. Recordando entonces todos mis infortunios, é impulsado por la desesperación, quise arrojarle del lecho al mismo tiempo que llamaba á mi esposa; pero Niketas me lo impidió diciendo:

—Inútilmente te entregas á ese dolor profundo que en nada mejorará tu situación. Nuestros hermanos han sido vencidos como sabes, y después de haberse defendido mucho tiempo en la ciudadela, han tenido al fin que entregarse á sus enemigos en número mayor que ellos. La ciudad de Corinto ha sido casi destruida, y bajo las ruinas no se hallan mas que cadáveres.

—¿Y Blanca?

—Tu esposa y tu hija han sido presa de los vencedores: no eres tú solo quien tienes que lamentar tan gran desgracia.

—¿Con que es decir que ya no hay dicha para mí en la tierra? Esclamé fuera de mí.

—Lejos de aquí podras hallarla aun. Ven, en el puerto hay un buque que sale para Venecia, tu patria: en él puedes partir.

—Pues ¿dónde nos hallamos?

—En Lechee.... No perdamos tiempo.

Y sin esperar que le contestase, me hizo levantar. Un instante después estaba yo á bordo del *Egeo*.

—¡Adios! exclamó entonces Niketas; estrechándome afectuosamente en sus brazos. Vas á ver á tu patria: no olvides á la Grecia ni á los que en ella quedan.

—No, no te separarás de mí, dije deteniéndole por una mano, después de haber correspondido á las muestras de afecto que me manifestaba. Deja este país, en que del mismo modo que yo lo has perdido todo: acompáñame.

—No, exclamó alzando al cielo sus ojos, en que brillaba el fuego del entusiasmo; aun me queda algo en este suelo.

—¿Pues, qué te resta? le pregunté sorprendido.

—Me resta morir en él.

Dicho esto, nos separamos, probablemente para siempre, puesto que no he vuelto á saber mas de aquel amigo.

Desde entonces se acabó para mí la alegría y la felicidad. Volví á Venecia y hallé que Morosini habia muerto del mismo modo que mi padre. Este triste acontecimiento me puso en posesión de una cuantiosa herencia, la cual no ha podido de modo alguno llenar el vacío que en mi corazón ha dejado la pérdida de mi esposa é hija. Poco tiempo después de haber llegado á Venecia fué cuando os conocí, querido Lorenzo; y unidos desde luego por la mas viva simpatía, á pesar de la notable diferencia de nuestras edades, juramos no separarnos nunca, y ambos hemos recorrido la Europa sin que hayamos podido encontrar la paz del alma, tras la que corro desatinado tantos años hace. Ahora nos hallamos en Egipto y mi dolor es siempre tan vivo como el primer día.... ¡Probablemente la muerte tan solo le pondrá fin!

II.

Orsini acababa la narración de sus desgracias cuando ambos viajeros entraban en la ciudad del Cairo. Conducidos por un copto que se ofreció á servirles de guía en las tortuosas y estrechas calles de la población, se hallaron prontamente en el barrio de los francos ó europeos, alojándose en una posada. Lorenzo, animado por la curiosidad, propuso á su compañero ir á recorrer la ciudad, en lo que consintió gustoso Orsini, mas bien por complacer á su amigo, que porque creyese aliviar de este modo sus pesares. Los dos viajeros, conducidos siempre por el copto que les sirviera de guía desde un principio, visitaron los baños principales, entre los cuales se distinguen por su riqueza y grande estension los que tienen los nombres de *Hamman*, *Yezbak*, *El-Soultan*, *El-Moyed* y otros igualmente magníficos. En seguida admiraron las mezquitas, notables por sus arabescos y por la elegancia y gracia con que se elevan sus minaretes. Pero lo que mas llamó la atención de ambos amigos, fueron las cuatro magníficas plazas públicas. El Nilo habia salido de madre y sus aguas inundaban la plaza de *El-Ezbekiyel*, en las que se reflejaban los altos edificios que les sirven como de dique. Multitud de barcas, iluminadas por numerosos faroles, cruzaban en todas direcciones aquella vasta llanura de agua, que reproducía á la vez las estrellas del firmamento y las luces que pendían de los cortos mástiles de los botecillos que cedían á los esfuerzos de los remeros. Esta cadena de claridad, de magnificencia y de movimiento, sorprendió desde luego á Lorenzo, el cual por medio de sus palabras y acciones, demostraba el entusiasmo de que estaba poseído. No sucedía lo mismo á Orsini, que con semblante melancólico y absorto en sus pesares, apenas prestaba atención á cuanto le rodeaba, contestando con un movimiento de cabeza ó con un monosílabo á las preguntas que sin cesar le hacia su compañero. Después de haber contemplado por algun tiempo tan magnífica escena, ambos viajeros se retiraron á su posada.

—¿No es verdaderamente sublime cuanto acabamos de ver? exclamó Lorenzo tan luego como estuvo en la habitación que les habian destinado.

—Nada hallo de sorprendente en lo que causa vuestra admiración, contestó Orsini con indiferencia. Las aguas del Nilo al través de las calles de la ciu-

dad, son en extremo semejantes á los canales de Venecia.

—El país en que estamos es todo originalidad y magnificencia, y los canales de Venecia se parecen á las inundaciones del Nilo, como un pigmeo se asemeja á un gigante. Y si no, contemplad ese cielo siempre sereno, siempre azul. ¿No hallais en él algo de tranquilo, algo de inmutable? El es como las pirámides del desierto, que apesar del trascurso de los siglos y de las generaciones, permanecen siempre en su primitivo estado. El poder del hombre es grande aquí para crear, y pequeño y nulo para destruir. Los hombres se propusieron crear las pirámides, el lago Mœris, el laberinto de Tebas y lo consiguieron. Mehemet-Ali se propuso sacar á este país del estado de barbarie en que yacia, y lo consiguió tambien en gran parte. Los árabes animados siempre por el deseo del pillage, pretendieron destruir los eternos monumentos de los Faraones y Ptolomeos, y sus esfuerzos fueron vanos. El mismo Napoleón, ante el cual caian desplomados los cetros y las coronas, quiso dictar leyes al Egipto, y no obstante su poder colosal, sus ejércitos se estrellaron contra las pirámides y las esfinges, que parecian contemplarlos con la desdeñosa sonrisa del orgullo y del desprecio. El Egipto está destinado á renacer de sus propias cenizas; y una nacion que cuenta en su decadencia los elementos necesarios para volver á ser sin ayuda de nadie lo que en otro tiempo era, merece titulo de grande y admirable.

—Tal vez tendreis razon en lo que decís, contestó Orsini; pero yo no estoy en disposicion de conocer todas esas bellezas que os llenan de entusiasmo. Ahora me parece haríamos bien en retirarnos á descansar.

—¡Oh! no, exclamó Lorenzo. ¿Olvidais que no son las ocho de la noche? Además, nuestro conductor ha ido á buscar las *almeas*.

Apenas acabó de pronunciar Lorenzo estas palabras cuando llegó á su oído el ruido que producía un tamboril y una especie de flauta de sonidos muy agudos.

—Ya están aquí, ya están aquí, dijo el joven veneciano lleno de alegría. Ahora veremos si es cierto lo que nos han contado de estas *bayaderas* del Oriente.

Un instante después entraron en la habitación seis jóvenes bellísimas, vestidas con trages estrafalarios, á la par que airoso, que les bajaban tan solo hasta las rodillas. Sus cabezas estaban adornadas con pequeños turbantes, teniendo en la mano izquierda cada una de ellas una especie de pandero que sonaba al menor movimiento que hacían.

Colocadas todas de dos en dos y siguiendo las cadencias de la música, producida por el tamboril y la flauta que tocaban dos coptos en un rincón del aposento, comenzaron un baile voluptuoso, durante el cual las *almeas* hacían mil vistosas evoluciones, entrelazando los brazos unas veces, y haciendo resonar otras los panderos, que movían con suma gracia en torno de sus cabezas. Sus pasos rápidos y lijeros de cuando en cuando, daban al baile un carácter de alegría indescriptible; en lugar que cuando se movían lentamente con los brazos caídos y los cuerpos inclinados, tenía la danza una apariencia triste y melancólica, que ponía fin á la sonrisa de los espectadores.

Lorenzo contemplaba con silenciosa admiración aquel baile elocuente y poético; pero sus ojos seguían particularmente los movimientos de una de las *almeas* que se distinguía de las demás por su belleza y por cierta modestia que la revestía de mayor encanto. La joven bailarina había cesado de bailar, del mismo modo que sus compañeras, y aun el entusiasta veneciano la contemplaba estasiado.

Al fin, saliendo de su arrobamiento, y sabiendo la libertad con que los egipcios tratan á las *almeas*, se acercó á la que absorbiera todas sus facultades mientras duró la seductora danza, y quiso tomarle una mano; pero la joven bailarina la retiró al mismo tiempo que sus mejillas se cubrieron del mas vivo rubor. Entonces uno de los músicos, que había observado el movimiento de Lorenzo, se acercó á él y le dijo algunas palabras en voz baja.

(Se continuará)

ESPECTACULOS.

El martes de la semana anterior, se puso en escena á beneficio del distinguido actor don Joaquín Arjona, en el teatro del Instituto, la linda comedia de don A. Hurtado titulada *La verdad en el espejo*. Este joven poeta, conocido ya ventajosamente por escritos de otra naturaleza, ha hecho su primer ensayo dramático, y es indudable que revela desde luego un brillante porvenir en este nuevo género, del cual hemos visto una prueba bastante feliz, que justifica bien á las claras nuestro fundado vaticinio. Decir que su primer comedia carece de faltas sería mentir y hacer muy poco favor al señor Hurtado, y decir que carece de bellezas de primer orden, sería tambien faltar á la verdad y cometer una injusticia contra un autor de tan buenas disposiciones.

Sin hacer un análisis detenido de su obra, diremos que las faltas que hemos observado en ella son mas que de otra cosa, hijas de la inesperienza, cuyo remedio debe conocer el señor Hurtado que solo estriba en la práctica de escribir para el teatro, y en estudiar el gusto y las tendencias que el público manifiesta á ciertas obras y ciertas situaciones. El carácter de doña Isabel, aunque representado con notable verdad, es poco

simpático en la escena, y durante el curso de la comedia se presenta á menudo de una manera inconveniente y desairada; y el talento, el tino especial con que ha sido colocado don Diego en el conjunto de la fábula, ha contribuido en sumo grado á que el indicado personaje no adolezca de igual inconveniencia que la antigua dama de Felipe II. Pero en cambio de todo esto, hay escenas que parecen escritas por una mano ejercitada y maestra, y el todo de la comedia contiene sin disputa una saludable moral que deben tener presente cuantos se hallen en la misma posicion de don Diego. La versificación es delicada y correcta, y conserva en lo general el tono y el sabor que caracteriza la época á que se refiere la acción. El señor Arjona estuvo admirable, no solo en la ejecución sino tambien en la manera con que vistió el personaje; hasta su fisonomía era la misma que la que vemos constantemente en los retratos del célebre historiador y guerrero. Los demás actores hicieron lo posible por agradar al público; pero no todos lo consiguieron satisfactoriamente.

A esta comedia siguió otra en un acto, arreglada por el señor Tamayo, que no dejó nada que desear.

A pesar de lo sencillísimo de su argumento, tiene situaciones muy delicadas y verdaderamente cómicas, que tuvieron al público continuamente suspenso y en perpétua hilaridad. Las hermanas Samaniego estuvieron muy felices en la ejecución de esta piececita. El teatro del Instituto está de enhorabuena; cada día se granjea mas y mas las simpatías del público que le favorece. Se prepara en el mismo coliseo una comedia del popular escritor don Tomás Rodríguez Rubí, que lleva por título *La flor de la maravilla*, de cuya producción se tienen las mejores noticias.

El teatro de la calle de Valverde, sigue dándonos traducciones; veremos si con la libertad de géneros decretada por el gobierno modifica sus tendencias este coliseo y se hace acreedor á las alabanzas de la prensa. El Circo, dicen que está tambien de enhorabuena, por que tiene ya en su poder un numeroso catálogo de zarzuelas con que deleitar al público dado á esta clase de espectáculos.

No será inoportuno añadir, que el *teatro Español* ha perdido ya hasta el nombre de tal, puesto que la Gaceta, le designa con el de *teatro del Principe* al anunciar su arrendamiento á pública subasta.

Entre las condiciones bajo las cuales ha de hacerse el arriendo, figuran la de que no se admitirá postura de ningún acreedor de los fondos municipales; la de que el arrendatario pagará 400 rs. por representación, la mitad de las jubilaciones, el sueldo de los alguaciles, el importe de los censos y demás cargos y consignaciones á favor de los establecimientos pios, la contribucion industrial, y los alquileres de cualquier localidad, no perteneciente al teatro, pero si al ayuntamiento, que el arrendatario necesite para pintar decoraciones, etc., etc.

Los censos y cargas que gravitan sobre el teatro del Principe, y á cuyo pago se obliga al arrendatario, son:

1.º Un censo perteneciente, vínculo de don José de La-Madrid, de 2,200 rs. de pensión.

2.º Otra al mayorazgo de don Gerónimo Peja, de 2 380 rs., 33 mrs. id.

3.º Otra al Hospital general, de 13.200 rs. id.

4.º Otra de las memorias de don Antonio Martínez Navarrete, de 534 rs. 4 mrs. id.

5.º A la Inclusa, 41.000 rs. al año.

6.º Al hospital de San Juan de Dios, 45 rs. por representación.

7.º Al Hospicio, 4 mrs. por entrada personal.

8.º A la Casa-galera, 8 mrs. por entrada personal.

La subasta se verificará el 25 de junio próximo.

Y ya que hablamos de espectáculos, no saltaremos la pluma sin decir algo acerca de los toros de Aranjuez. Mas de cinco mil personas ocuparon el domingo anterior los coches del ferro-carril. Con este motivo las corridas estuvieron extraordinariamente concurridas, y fué grande la animación en este sitio real durante aquel día. Diremos algo antes, acerca de la corrida de Madrid del lunes.

Dió principio esta y el primer toro fué bueno, el segundo no le fué en zaga, y el tercero, además de matar algunos caballos dejó mal parado al intrépido picador Chola, reemplazándole en su empleo el valeroso Trigo, conocido ventajosamente por la ferrepujanza de su brazo. Sin embargo, al cuarto toro, que no fué tan valiente como sus predecesores, volvió á aparecer Chola con nuevos bríos. El quinto toro, algo superior al cuarto hizo dar un terrible golpe á Azafán, á cuyo reemplazo tornó á salir el memorable Trigo. El sexto, muy correton, pero mozo de paz, no quiso maltratar al prójimo en lo mas leve. La función fué regular.

Los toros de Aranjuez correspondientes á la ganadería de don Justo Hernández, fueron casi todos de punta, siendo el cuarto el que mas sobresalió en pujanza y bravura. En el primer toro tuvo Juan Lem una cogida que presentó todos los visos de ser lamentable y funesta; todos creyeron que en la plaza de Aranjuez había terminado su carrera tauromáquica y decano de los espadas.

No hay duda que las corridas sucesivas serán tan animadas como la del domingo.

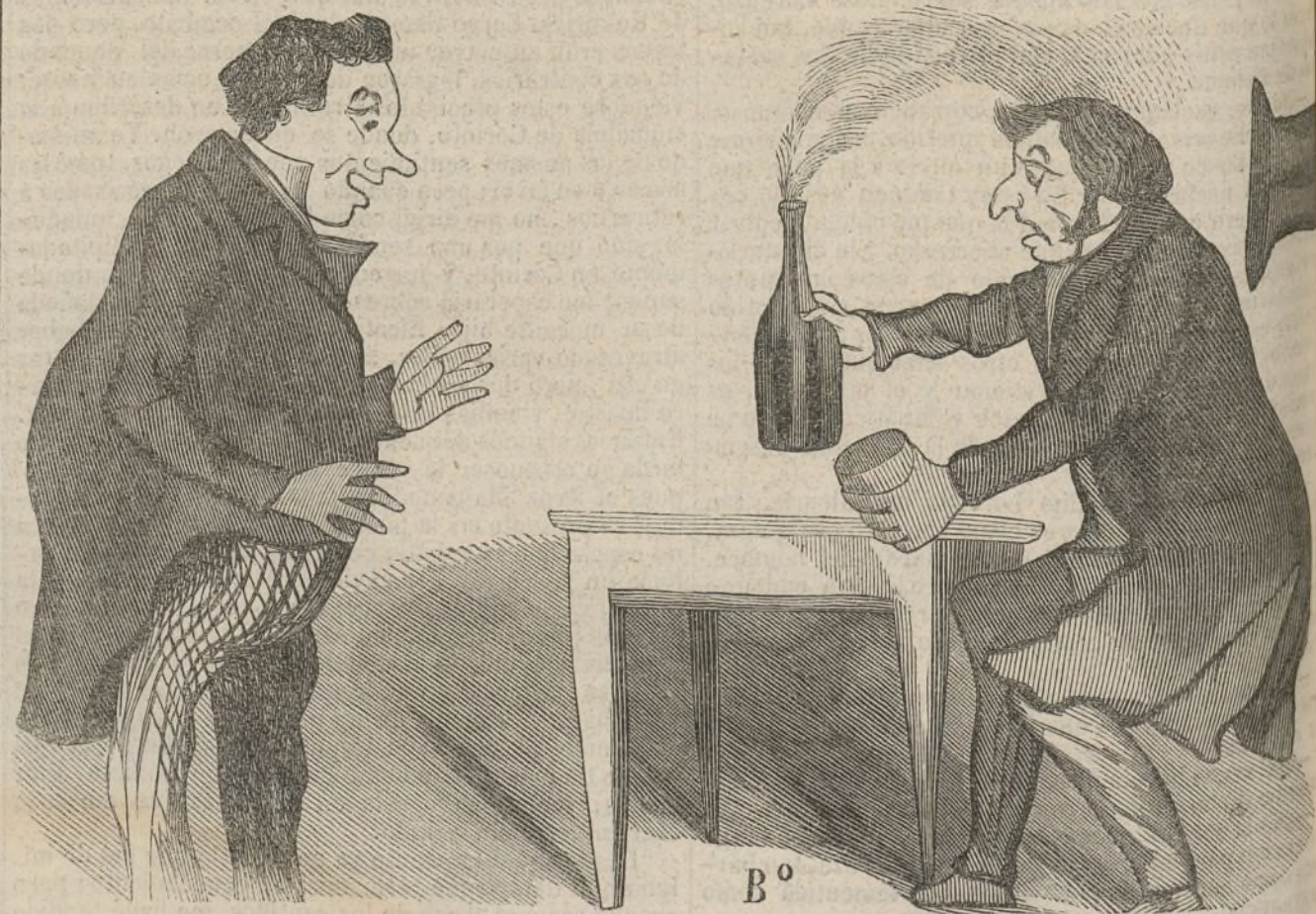
La empresa del ferro-carril desempeñó el servicio de los trenes satisfactoriamente, y aunque fueron numerosos los pasajeros de ida y vuelta no hubo grandes detenciones en la línea.

Sin embargo, el martes, dicen que se esperimetó una detención supina, sin que hasta ahora se sepa á punto fijo de quien fué la culpa.

Los pasajeros renegaban, los empleados del convoy se desesperaban, y el resultado de todo ello fué llegar á Madrid á hora bastante avanzada.

Añadiremos á las dadas la siguiente noticia teatral. Dicese que las funciones del teatro de Oriente se prolongarán hasta fines de junio. Esto, la reunión de las Cortes, la estancia de la reina en Madrid, que irá este año á los sitios, y los toros de Aranjuez, harán renunciar á muchas familias elegantes el proyecto de marcharse. Los que se proponen viajar, casi todos hacen á Inglaterra para ver la esposición.

ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.



—Tome vd. la botella y sirvase lo que guste.

—No, amigo, sírvame vd. porque no traigo mi paraguas.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Santa Teresa, número 8.